

CAPITULO VI.

Emplea Gil Blas los trescientos doblones que el Conde le regaló; encarga una comision á su fiel secretario; y suceso del escrito de que acabamos de hablar.

Esta generosidad del Ministro dió nuevo motivo á Scipion para repetirme mil parabienes por haber vuelto á la Corte. Palpando estamos, me dixo, que la fortuna quiere hacer grandes cosas por nosotros. ¿Está Vmd. ahora arrepentido de haber dexado su amada pero fria soledad? ¡Viva el Señor Conde Valdeories! No se puede negar que es amo muy diferente del Duque de Melar. Aquel queria bien á Vmd., pero le dexaba morir de hambre sin darle ni un triste escudo; mas el señor Conde ya le ha regalado con una gratificación que Vmd. mismo no se atreveria á esperar despues de tan largos servicios. Quanto celebraria yo que los señores de Leiva fuesen testigos de las prosperidades de Vmd. ó á lo menos de que á estas horas las supiesen. Tiempo es ya (dixe yo) de darles noticia de ellas, y justamente ahora mismo queria hablarte en el asunto. No dudo que tendrán grande impaciencia por saber de mí, pero estaba esperando á verme en estado

de poder decirles positivamente si me quedaba en la Corte ó me volvía á Liria. Ahora que ya puedo hablar con seguridad podrás partir á Valencia quando te pareciere para informar á aquellos señores de mi presente situacion, que miro como obra suya, siendo cierto que á no habérmelo ellos persuadido jamas me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡Oh mi amado amo y Señor, exclamó Scipion, quanto se alegrará toda aquella generosísima familia quando oigan de mi boca todo lo que ha sucedido á Vmd.! ¡Quanto no diera yo por hallarme á las puertas de Valencia! mas espero que tardaré poco en verlas. Los caballos de Don Alfonso ya están prevenidos. Montaré en uno de ellos, y haré que monte en el otro un lacayo del Conde; porque fuera de que quiero llevar compañía para el camino, la librea de un primer Ministro echa polvo á los ojos ó á lo menos los deslumbra.

No pude oír sin risa la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso mas necio quizá y mas vano yo que él le permití su locura, dexándole hacer lo que le diese la gana. Parte, le dixé, y vuelve lo mas presto que puedas, porque tengo que darte otro encargo. Quiero que vayas á Asturias á llevar algun dinero á mi pobre madre. Por pura negligencia mia dexé pasar el tiempo de enviarla el anual socorro de cien doblones que la prometí, y que tú mismo te ofreciste á poner en sus manos. Las promesas de esta especie deben ser inviolables y como sagradas

das en un hijo, y por lo mismo confieso y me arrepiento de la poca exáctitud con que he cumplido la mia. Señor, me respondió Scipion, yo doy palabra á Vmd. que en el breve espacio de seis semanas quedarán fielmente desempeñadas ambas comisiones. En este preciso tiempo habré informado de todo á los señores de Leiva, habré hecho una visita á vuestra quinta de Liria, y habré vuelto á ver á Oviedo, de cuya ciudad no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de los que la habitan. Entregué, pues, al hijo de la Cusculina cien doblones por la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese con gusto los largos, y acelerados viages que iba á emprender.

Poco despues de la partida de Scipion se publicó estampado el manifiesto de que he hablado ya; y desde luego fue el asunto de las conversaciones de Madrid. El Pueblo, amigo siempre de la novedad, quedó como encantado con él, la disipacion de las Rentas Reales, y la pobreza tan ponderada del Erario, pintada con los mas vivos colores, le amotinaron contra el Duque de Melar, y los golpes que se descargaban contra este Ministro, si no todos los aprobaron, no faltaron muchos que los aplaudieron. Las magníficas promesas que hacia el Conde Valdeories de ir desahogando al Estado de sus deudas por medio de una sabia economía sin cargar mas al vasallo, deslumbraron á todos en general, y los confirmaron en el gran concepto que tenían de los superio-

res talentos del nuevo Ministro; de manera que no se oía en Madrid sino sus elogios y aplausos. Como el Conde vió logrado lo único que pretendia con aquella obra, conviene á saber, deslumbrar al vulgo y levantarse con el aplauso y amor de la muchedumbre, quiso merecerle verdaderamente por medio de una accion que fuese útil al Rey sin el menor gravamen del público. Acórdose de la invencion que hizo famoso al Emperador Galba, el qual se echó de repente sobre las inmensas riquezas de los particulares que las habian adquirido, sabe Dios como, administrando las rentas del Imperio. Luego que el Conde hizo vomitar toda la sangre á aquellas sanguijuelas del Pueblo, agregándola á los cofres del Rey, para conservarla dispuso que se suprimiesen todas las pensiones, empezando por las suyas, como tambien todas las gratificaciones que se hacian en dinero á costa del Soberano. Bien conoció que la execucion de este pensamiento era un poco difícil, porque forzosamente habia de hacer muchos descontentos, y mudar casi todo el semblante del Gobierno. Para templar á aquellos sin alterar á éste demasiadamente, me ordenó disponer otro manifiesto en figura de memorial ó representacion al Rey, cuya substancia y forma me sugirió él mismo. Encargóme mucho que procurase elevar todo lo posible la ordinaria naturalidad y simplicidad de mi estilo, dando mas energía y mayor nobleza á mis frases. Señor, le dixé,

si á V. E. le gusta lo elevado y lo sublime, espero tener el honor y lograr la fortuna de complacerle. Encerréme, pues, en el mismo gabinete donde habia compuesto el primer manifiesto, y me puse á trabajar este segundo despues de haber invocado fervorosamente la retumbante eloqüencia del Arzobispo de Granada, mi antiguo amo.

Dí principio á mi obra haciendo presente al Soberano la indispensable necesidad de conservar intacto el dinero depositado en arcas Reales, como destinado únicamente para emplearse en las urgencias generales de la Monarquía, siendo un sagrado depósito que debía reservarse para tener en respeto á los enemigos de España. Despues hacia presente á S. M. que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la Real Hacienda, no por eso se privaba su augusta liberalidad del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y los servicios de los vasallos que se hiciésen dignos de sus reales gracias; pues para unos tenia Vireynatos, Gobiernos, Hábitos de las Ordenes Militares y empleos en sus Exércitos, para otros Encomiendas, sobre las quales podria cargar muchas pensiones, Títulos de Castilla, Togas y otras magistraturas, y todo género de Beneficios Eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la Iglesia.

La composicion de este escrito, mucho mas largo que el anterior, me ocupó solos tres dias,

y

y por mi fortuna salió tan á satisfaccion de lo que al Conde gustaba, por estar atestado de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que el Ministro no se hartaba de aplaudirle y admirarle. Muchísimo me gusta esta obra, me dixo, y mostrándome con el dedo varias voces campanudas y algunos periodos rumbosos que tenia apuntados, *esto sí, esto sí*, me decía, *que parece propriamente estampado en los moldes privados de mi oficina*. Animo, Santillana, porque ya estoy previendo que me ha de servir de mucho tu habilidad. En medio de eso, y no obstante los desmedidos elogios que dió á mi obra, no dexó de retocarla y enmendarla en algunos pasages. Puso muchas cosas de su casa, y en fin hizo una pieza de eloqüencia que admiró al Rey y á toda la Corte. El público (claro está) la honró tambien con general aprobacion, y aun se adelantó á prometerse mil felicidades para lo futuro, lisonjándose de que la Monarquía habia de volver á su antiguo esplendor y lustre baxo el Ministerio de un personage tan grande y de tan extraordinario talento. Viendo S. E. el gran nombre que le habia dado aquel escrito, quiso que me produxese algun fruto por la parte que yo habia tenido en él; y así dispuso que el Rey me diese una pension de quinientos escudos sobre el Priorato de Castilla; gracia tanto mas apreciable para mí, quanto me hacia dueño de una renta lícitamente adquirida, aunque con poco trabajo.

CA-

CAPITULO VII.

Con qué casualidad, en qué sitio y en qué estado encontró Gil Blas á su antiguo amigo Fabricio, y conversacion que tuvieron.

De ninguna cosa gustaba tanto el Conde como de saber todo lo que se decia en Madrid verde ó seco acerca de su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia en el mundo de él. Tenia asalariadas varias espías que le viniesen á contar hasta las mas menudas cosas que habian oido en órden á su persona y gobierno. Como les encargaba sobre todo la verdad y la sinceridad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es de una intemperancia tal que nada perdona, y á nadie respeta.

Luego que le descubrí esta flaqueza, ó fuese curiosidad que podia ser loable, y producir grandes utilidades en beneficio del público, y en el acierto de su propia direccion, me apliqué á congratarme con él tambien por esta parte. Con este fin me dí á tratar con las gentes, y siempre que veía algun corrillo de personas honradas, me arrimaba á él, y entraba en la conversacion. Si esta era acerca del gobierno, como lo suelen ser casi todas las de la gente ociosa y nove-

lera, oía con mucha atencion, pero sin afectar cuidado (antes bien en ademan de poco curioso ó de hombre distraído) todo lo que se discurría en la materia. Si se decia alguna cosa digna de que la supiese S. E. al instante se la comunicaba; pero jamas le dixé cosa alguna que le pudiese disgustar, ó que no fuese ventajosa para él.

Un dia volviendo de aquellas conversaciones pasé cerca de un Hospital, y me dió gana de entrar á verle. Recorrí dos ó tres salas, y mirando á todas partes, compadecido de ver aquellos pobres enfermos, reparé entre ellos á uno que me chocó, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para observarle mejor, y aunque no pudiendo ya dudar que era el poeta Nuñez, todavía me paré algunos momentos á considerarle un poco mas, pero sin hablarle palabra. El luego me conoció, y clavó los ojos en mí, pero igualmente suspenso y silencioso que yo. Al cabo rompí el silencio, prorrumpí diciendo: ó mis ojos me engañan, ó el enfermo que veo en esta cama es mi antiguo amigo Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y esta vez tus ojos te han dicho la pura verdad. Desde que me separé de tí no he tenido otro oficio que el de autor, he compuesto novelas, comedias, y todo género de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un Hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la serie-

dad y el tono compungido y doloroso con que las pronunció. ¡Pues qué! le repliqué: ¿tu musa te condujo á tan miserable estado? ¿Es posible que te hubiese jugado una pieza tan ruin y tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él. En estas casas suelen parar todos los que presumen de ingenios. Tú, amigo mio, lo acertaste en seguir otro camino: pero ya no estás en la Corte, y me parece que tus negocios han mudado mucho de semblante; acuérdomé de haber oído decir que de orden del Rey te habian metido en un castillo. Así fue puntualmente, repuse yo, y te dixerón mucha verdad: la fortuna en que me viste quando nos separamos fue muy pasajera; pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Pero, amigo, *post nubila Febus*; hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me viste otro tiempo. Eso no es dable, repuso Fabricio: tu porte es juicioso, sosegado y modesto; en tus modales no se vé ni aun sombra de aquella vanidad, de aquel orgullo, y de aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, repliqué yo, enseñan mucho al hombre. En la escuela de la adversidad aprendí á ser dueño de las riquezas, sin que ellas lo sean de mí.

Acaba, pues, y dime, interrumpió Fabricio, incorporándose y sentándose en la cama; ¿qué empleo es el que ahora tienes? ¿en qué te ocupas al presente? ¿Serás por ventura mayordomo de algun gran señor ó de alguna viu-

da rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; mas por ahora dispénsame te ruego de que me explique mas; en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Por ahora bástete saber que estoy en parage de poder servirte poniéndote en estado de no necesitar de nadie para vivir con decencia; pero dándome palabra de renunciar para siempre el oficio de autor mendicante, y de no componer en todo lo que te restáre de vida obra alguna de estas que se llaman de ingenio, sea en verso ni en prosa: ¿serás capaz de hacer este gran sacrificio en gracia de mi amistad y de tu fortuna? Antes bien, me respondió, así lo tengo ofrecido al Cielo en la terrible enfermedad que estoy padeciendo, de la qual espero escapar por misericordia divina. Abjuré la poesia por haber conocido ser una ocupacion que casi siempre tiene contra sí á la fortuna, á la riqueza y á toda conveniencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, caro Fabricio mio, pero guárdate bien de la recaída. Esa es la que no temo, me replicó: tengo hecho un firmísimo propósito de abandonar á las musas, por señas que quando entraste en esta sala estaba yo componiendo dentro de mí mismo un poema heróyco para decirlas un resuelto á dios por eterna despedida. Señor Fabricio, le dixé entonces encogiéndome de hombros, mucho me temo que no pueda fiar de tu abjuracion, y de tus propósitos, porque te veo

¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traído á este Hospital! Hoy mismo quiero salir de él á merced de tu caritativo y liberal socorro. Efectivamente así lo executó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me buscara en él luego que se sintiese perfectamente convallecido. Quedóse extrañamente sorprendido, y como medio enagenado quando le dixé que mi posada era la casa del Conde Valdeories. ¡Oh afortunadísimo Gil Blas! volvió á exclamar casi fuera de sí. ¡Y qué estrella tienes con los primeros Ministros! Alégrome infinitamente por estar viendo y palpando el bizarro y piadoso uso que hace de ella ese tu noble y generoso corazon.

CAPITULO VIII.

Grangéase Gil Blas cada dia mas estimacion, y amor del Ministro. Vuelve Scipion á Madrid y hace á su amo relacion de su viage.

El Conde Valdeories, á quien de aquí adelante llamaremos el *Conde Duque*, porque con este título se dignó honrarle el Rey, tenía una flaqueza que presto le descubrí, y no cierto inútilmente. Esta era que gustaba mucho de ser ama-

amado. Luego que conocia que alguno se dedicaba á servirle con inclinación á su persona le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con executar puntualmente quanto me mandaba, obedecia sus órdenes con un zelo y con un gusto que verdaderamente le encantaba. Hacia particular estudio en adivinar lo que podia gustarle, y lo hallaba cumplido antes que lo hubiese insinuado.

Por este modo de obrar que casi nunca dexa de conseguir lo que intenta, llegué á ser el favorito de mi amo, el qual por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, esto es, que me pagaba mucho de que me amasen, me ganó enteramente el corazon por las repetidas demostraciones de amor y de confianza con que me honraba, tanto que su primer secretario el señor Sotero y yo éramos los únicos depositarios de sus secretos mas íntimos.

Habiase valido Sotero de los mismos medios que yo para ganarle el corazon, y lo consiguió de manera que le confiaba todos los negocios y misterios del Gabinete; y así los dos éramos confidentes del Ministro, con sola esta diferencia, que á Sotero únicamente le comunicaba los negocios de Estado, y á mí los que tocaban á sus intereses personales. De forma que uno y otro estábamos como xefes de dos distintos departamentos, y cada qual muy conten-

tento con el suyo, por lo qual vivíamos con la mayor union, sin el menor tufo de envidia ni de zelillos. Yo necesariamente habia de estar contentísimo con la parte que me habia tocado, porque me proporcionaba ocasion de estar casi siempre con el Ministro, poniéndome á tiro de sondearle bien á pesar de su estudiado y profundo disimulo, del que al fin se despojó quando llegó á no dudar que yo me habia entregado entera y sinceramente á su servicio.

Santillana, me dixo un dia, tú fuiste testigo de la autoridad que se abrogaba el Duque de Melar, la qual no tanto parecia de un Ministro dependiente y subalterno, quanto de un Monarca y Soberano absoluto. No obstante yo me considero mucho mas feliz que él, aun quando estaba en el mayor auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables, uno en su mismo hijo, y otro en el Confesor del difunto Rey; yo á nadie veo cerca del actual que me pueda hacer el menor daño, ni de quien pueda sospechar con fundamento que no me quiera bien. Es verdad que desde mi entrada en el Ministerio, puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con Vi-reynatos y Embaxadas me he ido deshaciendo de los sugetos cuyo mérito podia hacerme sombra en la gracia del Rey, la que pretendo gozar solo enteramente, de manera que al presente me puedo lisonjear de que ninguno es ca-

paz

paz de hacerme mala obra. Y estando como estoy bien persuadido de tu fidelidad y de tu amor á mi persona, he puesto los ojos en tí para confidente mio. Tienes entendimiento, tén-gote por juicioso, prudente y discreto, no he menester mas para considerarte como hombre que me puede servir infinito en mil encargos y asuntos de importancia, que piden un mozo de sagacidad, y bien instruido en mis intereses.

No tuve valor para despreciar del todo las lisonjeras ideas que excitaron estas expresiones en mi viva fantasia. Subiéronseme luego á la cabeza algunos vapores de ambicion y de avaricia, que volvieron á suscitar en mi corazon ciertos movimientos de que me lisonjeaba haber triunfado totalmente. Protesté al Ministro que haria todo lo posible para corresponder al honor que me dispensaba, y para desempeñar su concepto sintiéndome desde luego pronto y determinado á executar sin escrúpulo quanto se le antojase ordenarme.

Mientras me hallaba yo tan dispuesto á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Scipion de su viage. No cansaré á Vmd. me dixo, con una relacion larga y pesada. En pocas palabras le diré todo lo que desea saber. Los señores de Leiva quedaron gustosamente sorprendidos al oír el modo con que el Rey recibió á Vmd. así que le conoció; y el papel que hace en casa del señor Conde Duque Valdeories.

Mas admirados se quedarian, le interrumpí

TOMO IV.

DD

yo,

yo, si hubieras podido contarles sobre qué pie me hallo el día de hoy con el Ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida ha hecho mi valimiento en el corazon de S. E. Sea Dios loado, me respondió, ya me parece estar viendo el bello destino que nos espera á los dos.

Dexémos por ahora esta conversacion, le dixé, y hablémos de Oviedo. ¿Cómo está mi buena madre? ¡Ah señor! me respondió en tono triste y doloroso. Las noticias de Asturias son funestas. ¡Oh Dios! exclamé: ¡Qué! ¿mi madre es muerta? Seis meses ha, me respondió Scipion, que la buena señora pagó á la naturaleza el indispensable tributo, y lo mismo con poca diferencia de tiempo hizo el señor Canónigo tío de Vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, bien que jamas aun en mi mas tierna niñez me hizo aquellas caricias que tanto aprecian los niños, y por las quales cobran amor á sus madres y se muestran agradecidos á ellas quando grandes. Tambien dí algunas lágrimas á mi tío el Canónigo acordándome de lo que le debia por haber cuidado tanto de mi educacion. A la verdad no duró mucho la viveza de mi dolor; poco á poco se fue templando, degenerando muy presto en solo una tierna memoria que siempre conservé de mis parientes.

CAPITULO IX.

Cómo y con quién casó el Conde Duque á su única hija, y los amargos frutos que produjo este matrimonio.

Poco tiempo despues que volvió á Madrid mi leal secretario observé al Conde Duque profundamente suspenso y pensativo. Creí que sin duda estaba meditando alguna grande operacion de política, pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan enagenado eran negocios de familia. Gil Blas, me dixo una tarde, sin duda habrás reparado que ando días há cuidadoso y distraido. Es así, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del qual pende la paz de mi corazon y el sosiego de mi vida. Quiero confiártelo para desahogo mio, y para darte una prueba mas de mi afecto, y de lo mucho que fio de tí.

Mi hija Doña Maria se halla ya en edad de tomar estado. Son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El Conde de Nablíe, primogénito del Duque de Medianadionis, cabeza de la casa de Namuzg, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del Marques del Opicar y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que